

dudar de la misericordia de Dios, aceptó complacido.

—Un solo pecado. ¿Cuál ha de ser?

—Quiero ser generoso. Puedes elegir cualquiera de los tres que voy a proponerte: un homicidio, el pecado de lujuria o el de la embriaguez. Escoge.

El Santo pudo creer que Satanás se había hecho tonto. — Yo te prometo embriagarme.

—Pecado venial; ya ves a qué poca costa puedes verte libre para siempre de mis asechanzas. Y Satanás se alejó para siempre del santo solitario.

Dispuesto a cumplir su palabra encaminóse al punto el cenobita hacia el poblado más cercano, seguro de haber conseguido la tranquilidad de su espíritu y la salvación eterna a cambio del venial pecadillo.

A la entrada de un lugarejo halló un molino, y a la sazón molinero y molinera, en descanso, merendaban al aire libre, a la sombra de un emparado, en un huertecillo lindante con el molino. Cambiáronse saludos y bendiciones, y no sin un poco de cortedad y turbación atrevióse el santo a pedir un trago de vino; pusieronle un jarro